

El cordón purpúreo

P. Carlos Biestro

«*Dos naciones hay en tu seno*»
(Gn. 25, 23)

En la primera parte de este trabajo resumimos, dejando de lado cuestiones importantes, el artículo de Albert Frank-Duquesne «Rahab, la Cortesana, Ascendiente de Cristo», publicado en la revista *Diálogo* n° 3, Buenos Aires, 1955. En la segunda sección exploramos el misterio de María como claustro del Hombre-Dios, para concluir que la Madre de Cristo es también Corredentora, Medianera de todas las gracias, «la Virgen hecha Iglesia».



Por oposición a la genealogía de Jesucristo, tal como la presenta Lucas (3, 23-28) -y en ruptura significativa con la misoginia de la legislación rabínica-, la de Mateo (1, 1-17) menciona mujeres. Sin embargo, si bien en las cadenas dinásticas, en los textos «oficiales», la mención de nombres femeninos era inconcebible; la literatura piadosa, «edificante», por el contrario, asociaba a los Patriarcas, calificados de «Montañas», las «Matriarcas», apodadas «las colinas». Estas últimas eran cuatro, inmortalizadas en la memoria popular por la ejemplar dignidad de su vida: Sara, Rebeca, Raquel y Lía. Ahora bien, Mateo menciona, también él, algunas ascendientes de Cristo -sus cuatro colinas- pero éstas son cuatro pecadoras: Tamar, que cae en el incesto para realizar la promesa divina a la línea de Abraham (*Gén.* 38; 1-19); Rahab, la meretriz (*Jos.* 2, 1); Rut, como Tamar, dispuesta a cualquier cosa para ser fecundada (*Rut* 3, 1-9); y finalmente Betsabé, manceba, y luego esposa criminal de David (*II Sam.* 11, 1-27). Dos de estas mujeres -Rahab y Rut- son extranjeras, paganas de origen. La inser-

ción de sus nombres en una genealogía mesiánica -iy en un Evangelio originalmente destinado a los judíos!- constituye un verdadero desafío: en el umbral mismo de este Libro se subraya el alcance absolutamente universal del llamado al Reino de Dios. Además, estas cuatro mujeres son, si nos limitamos a la objetiva calificación de sus actos según el catálogo de los valores morales, seres «marginales», asociales y amorales. En cuanto a la Virgen, por la cual esta genealogía se clausura (*Mt.* 1, 16) -al igual que su Hijo, según el testimonio de Isaías y del Apóstol, «pasará por maldito, por rebelde a Dios»-, ella también será considerada impura. Al anuncio de su maternidad, María se turba; y es necesario a José un Mensaje de lo Alto para devolverle su fe en la integridad de la promesa¹. La tradición judía ve en ella una hija perdida; cada vez que el Talmud la menciona es para calificarla de «Miriam» la peinadora (ya que era ésta una profesión sospechosa, una coartada), madre de Nadie, del Innombrable.

El Dios de los Cristianos es el Dios de la historia, campo sembrado de trigo y de cizaña inextricablemente entremezclados; en el que sólo Dios puede, según el Salmo, discernir el bien del mal; en el que los mismos seres llevan en lo más profundo de ellos mismos el deseo del Único y el vértigo del caos, el impulso hacia lo Eterno y la debilidad más abyecta. Esto es lo que significa, en la genealogía de Mateo, la mención de Tamar, Rahab, Rut y Betsabé. Es en este tronco que el Humillado por excelencia, el «Vaciado de sí mismo», presentado por la *Epístola a los Filipenses* (2, 7), ha querido, como dicen los Padres, «asumirlo todo para todo rescatarlo».

¹ No es unánime la interpretación de que José haya desconfiado de María. Por ejemplo, Santo Tomás escribe: «José quiso abandonar a María no porque tuviese ninguna sospecha sobre ella, sino porque, debido a su humildad, temía vivir unido a tanta santidad; por eso después le dijo el ángel: no temas» (*In IV Sent.*, 30, 2, 2).

EL CORDÓN PURPÚREO

Pero antes de narrar la historia de Rahab («cortesana profetisa», como la llaman algunos Padres), anotemos todavía un aspecto curioso de la genealogía según San Mateo. Y es que cada una de las cuatro pecadoras citadas en este documento ha dado a luz a un hijo tenido por la tradición judía como prefigura del Mesías: Peres, Booz, Obed y Salomón. Se sabe que la Ley de Moisés había consagrado la función (preexistente) del *goel* o «redentor». Esta persona tenía la misión de rescatar a todo miembro de su clan vendido como esclavo (en la mayoría de los casos por deudas), de redimir los bienes arrebatados por el mismo motivo; vengar el honor de los vivos y la memoria de los muertos, restituyendo a unos y a otros la comunión con el «pueblo santo, real sacerdocio» (*I Pe.* 2, 9). El *goel* del Antiguo Testamento es el *paráclito* del Nuevo; del que sólo se conocen dos: el Cristo y el Espíritu Santo. Ahora bien, tanto en el *Tanchuma* (tratado talmúdico) como en el *Sifré* (antiguo comentario del *Libro de los Números*), Peres, Booz, Obed y Salomón son calificados sucesivamente de *goel* no por un individuo cualquiera sino por Israel entero: son así las sombras del Mesías.

En definitiva, la indignidad de las costumbres -real, bajo el punto de vista natural de la nuda «moral», para los casos de Tamar, Rahab, Rut y Betsabé; supuesta por el rumor público de Israel, en el caso de la Virgen- trae a la memoria este pasaje de la *Primera a los Corintios* (1, 26-29) en el cual San Pablo nos muestra a Dios eligiendo los instrumentos más bajos para que toda la gloria revierta exclusivamente sobre Él; el mismo Apóstol nos advierte que Rahab -«la ramera» como dice- tiene un lugar ante el Trono de Dios entre la nube de testigos celestes, por haber «dado el testimonio de la fe». Y esta aserción tiene el mismo valor para las otras ascendientes del Señor: cada una de ellas, a la manera de Abraham, «parte sin saber adónde», se abandona a los misteriosos y desconcertantes designios de este Dios que «suscita la luz, pero también las tinieblas» (*Isaías* 45, 7).

Se puede pues, dejar por firme el carácter a la vez real y simbólico -«significativo»- de la genealogía del Salvador en el primer Evangelio. Dicho esto, estamos en condiciones de releer la historia de Rahab. Comprenderemos entonces por qué San Mateo menciona, entre las ascendientes de Jesucristo, esta cortesana, eminentemente respetable.

Sucesor de Moisés, Josué se apresta a atravesar el Jordán. Este «paso del Jordán» -y *Paso* es *Pascua* (en hebreo *Pesach*)- va a clausurar, por la eliminación de un obstáculo humanamente infranqueable, la gran purificación preparatoria de cuarenta años, inaugurada por el paso del Mar Rojo. ¿Para qué estos cuarenta años, sino para que desapareciera, *muriera* antes que nada, todo el viejo Israel? El simbolismo pascual de muerte y resurrección se precisa: Jordán es, en hebreo, el *Descenso*. Es pues, el correspondiente judío del Averno, este río de la mitología clásica que se sumerge en los infiernos. Entrar en el Jordán, atravesarlo, salir de él por la ribera opuesta -para la conquista de una tierra y de una vida nuevas, paradisíacas- es, como el Cristo en la *Epístola a los Hebreos*, «ser (milagrosamente) salvado *a través* de la muerte» *como consecuencia* de la muerte (*ek thanátou*).

Y, tres días antes del Gran Paso, antes de la cuasi-Pascua del Jordán atravesado en seco, de la muerte que conduce a la vida, los judíos se detuvieron en Sittim, que significa a la vez los *flagelos* y la *desviación*. Israel se prostituyó allí con las hijas y el dios de los moabitas (*Núm.* 25, 1-3). Sin cesar, con la insistencia de la desesperación, Moisés, y más tarde los Profetas han amonestado «al pueblo de dura cerviz». Esta fornicación -carnal con las mujeres, espiritual con el ídolo- sería una traición, una injuria grave al Dios Vivo, el Aliado de la nación consagrada. Y la infidelidad de la carne no sólo conduciría a la del espíritu sino que la revelaría, la postularía. Y en tanto Moisés muere por su pueblo -Moisés el *Redentor*, como le llamará San Esteban (*Hech.* 7, 35)-, Dios revela a Josué que, en *tres días*, pasará el Jordán. Éste será el *Pesach*, la

EL CORDÓN PURPÚREO

Pascua. Y lo que había muerto con Moisés revivirá para la gloria de Josué, su continuador.

Entonces Josué «envió secretamente de Sittim dos espías, diciéndoles: “Observad todo el país, y sobre todo Jericó”». Los dos personajes, para pasar seguros la noche en esta ciudad, tuvieron la astucia de ir a esconderse, no a la posada pública, sino a casa de una mujer pública. Se advierte entonces al jeque de Jericó la presencia de sospechosos en casa de Rahab; y emisarios del príncipe vienen a intimar a la cortesana a que entregue los espías (su astucia se ha vuelto contra ellos), ella debe persuadirlos de que escapen; afuera, la celada está tendida. Rahab, por el contrario, les invita a subir a la terraza, y los encubre bajo unos haces de lino (Josefo, contemporáneo de San Pablo, escribe en el libro V de sus *Antigüedades Judaicas* que los tallos de lino, una vez cortados, eran puestos a secar sobre el techo de las casas). Luego, cuenta a los enviados del príncipe que los dos extranjeros han abandonado la ciudad, en dirección al Jordán. Y la partida policial inicia la persecución.

Rahab entonces sube al terrado donde los hombres se esconden, y antes de que se acuesten, les habla de Dios. La cananea *se decide por los designios de Dios*. Da el trato de hermanos a los enemigos de su raza, a los invasores de su patria. Jericó, ciudad muy grande y amurallada, estaba poblada por gentes extremadamente fuertes; y los guerreros burlones tenían a los judíos «por langostas» (*Núm.* 13, 29.34). Pero, apresada por la iluminación profética, Rahab descubre, tras esta gentuza, el perfil de la sombra de Dios, hasta entonces desconocido para ella. Comprende el alcance trascendente y profundo del Éxodo; se abre a la intuición de la fe: «Ningún poder humano prevalecerá contra vosotros, pues vuestro Dios, Yahvé, es realmente *el Dios, el Maestro soberano*, arriba en los cielos y abajo, sobre la tierra» (*Jos.* 2, 11, texto que anuncia con mil años de anticipación *Filip.* 2, 10). La pagana hace el llamado a la misericordia del Eterno y del pueblo por Él elegido. Ella es la que profiere las mismas palabras de Moisés en

Cadés Barnea: «Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que Yahvé es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro» (*Deut.* 4, 39).

Por fin, como Rut, Rahab declara: «Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios» (*Rut* 1, 16). No sólo cree -con una seguridad que no le viene de la tierra- en los designios providenciales de Dios -Yahvé, el Único- por sobre estas «langostas» vomitadas por el desierto, sino que espera, presente, *profetiza*: su evocación del paso en seco del Mar Rojo, cuarenta años antes, es como una premonición de la milagrosa travesía del Jordán; la suerte de los reyes amorreos, recordada por ella (*Jos.* 2, 10), anuncia la de los cinco soberanos confederados, después de la batalla de Guilgal (*Jos.* 10). Esta mujer de nada ve dibujarse el sentido de la historia, cuyas peripecias le revelan su orientación *porque descubre en ella su Animador* secreto. No se eleva del acaecer a Dios, sino que desde el Único vuelve a descender hacia el acaecer. Es propiamente la «cortesana profetisa» de San Jerónimo y su profecía, su mensaje inspirado, es, del Antiguo Testamento entero, la más integral confesión de fe, así como la más inesperada.

La fe de esta mujer perdida -y reencontrada!- se expande al punto, como una planta milagrosamente precoz, en caridad. Sin pensar siquiera en sí misma, Rahab se convierte en la gallina que reúne a sus polluelos bajo la sombra de sus alas. Y, a los espías de Josué, que van a descolgarse metidos en una canasta desde lo alto de la muralla (como más tarde San Pablo en Damasco), les pide, *en nombre de Yahvé*, que respeten, no a *ella*, cuando los judíos hayan conquistado Jericó, sino a «su padre, y a su madre, y a sus hermanos, y a sus hermanas y a todos los suyos» (*Jos.* 2, 12-13).

A su turno, los espías de Josué comprometen al Eterno: juran, en su Nombre, salvar a Rahab y a los suyos. A esa misma ventana por la que los emisarios judíos habrán huido hacia la oscuridad, Rahab debe hacer que se ate un cordón purpúreo; y cuando los

EL CORDÓN PURPÚREO

invasores libren al saqueo la ciudad, su casa será respetada (*Jos. 2, 18*).

El pueblo elegido señora Jericó, arrasa la ciudad; pero Josué conserva la vida a Rahab y a todos sus allegados. Luego desposa a Salmah y da a luz a Booz, ascendiente de David y del Mesías. Su descendencia directa cuenta ocho inspirados, y entre ellos: Baruch, Jeremías y la profetisa Hulda. Y su historia acaba, en el *Libro de Josué*, por estas palabras enigmáticas: «Rahab habita en Israel hasta el día de hoy» (6, 25).



El episodio del cordón purpúreo es una de las claves simbólicas de las que está lleno el Antiguo Testamento, y cuyo significado parece no haber sido descubierto por exégeta cristiano alguno. Es un cordón de hilo trenzado: *tiqva*; en cuanto a su color, es *tôleath schâni*, literalmente: un matiz de gusano brillante. El «gusano brillante» de que aquí se trata es una larva de cochinilla. El color así designado corresponde a dos matices del rojo: el escarlata y el purpúreo. Se trata de una tintura de uso corriente desde la época de Moisés, y que se obtenía aplastando con los pies los bichitos del mismo nombre. Este término *-tôleath schâni-* se repite muchas veces en el Antiguo Testamento como un tema recurrente. Es una neta alusión.

El color cochinilla es, ante todo, el símbolo del pecado. Dice Dios a los judíos, en *Isaías*: «Vuestros pecados son como la cochinilla, Yo los haré blancos como la nieve» (1, 18). Más tarde, en el *Apocalipsis*, el autor inspirado nos mostrará a la Gran Prostituta toda envuelta en escarlata (17, 4). Para Job, el hombre -inico, nacido con mancha- «no es sino una cochinilla, y el hijo del hombre no es más que cochinilla» (25, 6). Numerosas razones concurren sin duda a este simbolismo: la *Biblia* menciona a menudo el escarlata de la vergüenza; en los banquetes de los ricos, que casi siempre se convertían en orgías, los vestidos escarlatas

eran obligados; en fin, el resplandor mismo de este color lo señalaba, lo imponía a la vista como un desafío: Dios, frente a su pueblo, se detenía ante la llama orgullosa, ostentadora, del pecado. Los grandes de Israel, cuyos crímenes desencadenan sobre Jerusalén la cólera de Yahvé, son calificados muchas veces de «envueltos en escarlata» (en *Jeremías*, por ejemplo). Pero se piensa en seguida en el Cristo, envuelto en escarlata en el pretorio de Pilatos (*Mt.* 27, 28). Esto nos lleva a la segunda acepción del término.

Pecador, es considerado quienquiera que expía, hasta el inocente, el justo. Todo el capítulo 53 de *Isaías* se refiere a esta sustitución redentora, por la cual Dios trata al justo que repara a la vez, y totalmente, como pecador y como justo. Cuanto más inocente es un ser, tanto más gratuita es la imputación *realizadora* de pecado -del *estado* de pecado, no del acto- y más absoluta, más integralmente es pecador. Se empobrece para que nosotros nos enriquezcamos. Se identifica con la rebelión para que nos identifiquemos con la obediencia. «Aquél que en nada conocía el pecado -dice San Pablo- ha sido hecho por Dios (más que pecador accidental) pecado, a fin de que en Él lleguemos a ser justicia de Dios» (*II Cor.* 5, 21). (En *Gál.* 3, 13, el Apóstol enseña que Cristo nos rescató de la maldición haciéndose Él mismo maldición.) El pecador puede «revestirse de Cristo» (*Gál.* 3, 27) porque el justo ha revestido la *tôleath schâni*. Es por lo que en el Salmo 22 (*Vulgata* 21) -que la Iglesia canta durante la Semana Santa- el Mesías no exclama: «No soy más que un gusano» cual si se tratara de una lombriz, sino: «No soy más que una Cochinilla» (v 7), y más adelante: «y me has echado al polvo de la muerte» (v 16). Pero Él es el mismo que, «magnífico en su manto de escarlata, en el día de la venganza y de la redención, ha pisado con furor a los pecadores, ha salpicado sus vestiduras con la sangre de las cochinillas, que manchó entera su túnica» (*Is.* 63, 3; *Apoc.* 19, 15). Se ha vuelto Cochinilla ante Dios, a fin de que ellos sean ante este mismo Dios «salvados de todas sus angustias» (*Is.* 63, 8-9). Es con su propia persona que los aplasta, que los pisa con furor, que los

EL CORDÓN PURPÚREO

extermina como *pecadores*. Y así, el color cochinilla, símbolo, primero, del ultraje a Dios, del pecado, se torna en el de la expiación sustituidora y redentora.

Los ritos sacrificiales del *Levítico*, así como las ceremonias de purificación, prefiguraban proféticamente la expiación mayor, sus aplicaciones y sus frutos. He aquí por qué -en el *Éxodo* y el *Levítico*- son innumerables los pasajes en que el escarlata, obtenido por el aplastamiento del gusanillo purpúreo, tiene su papel en el simbolismo litúrgico. La ofrenda a Dios contenía la cochinilla, y la mezcla sagrada de que se servían los sacerdotes para purificar a los leprosos se hacía a base del mismo producto. Las vestiduras sagradas eran también teñidas con «cochinilla». Todo esto representaba el horror del pecado -su «clamor hacia el Eterno»-, su carácter agravante; pero su asunción por la misericordia del Dios Salvador, tenía también por signo el color «cochinilla». Hablando del «Siervo de Yahvé», de «su Elegido», sobre el Cual Él «ha puesto su Espíritu», Isaías exclama: «¡No temas, cochinilla de Jacob!» (41, 14). La cochinilla aplastada es el símbolo de Jesucristo, por Quien todo ha sido hecho, el Arquetipo de *toda* criatura.

Esta perspectiva se revela confusamente desde el principio del Antiguo Testamento: Tamar, lejana ascendiente del Mesías, se hace pasar por prostituta, a fin de poder, gracias al ardid, realizar la promesa de primogenitura de la que Abraham había recibido las primicias. Ella está encinta de Judá.

«Al tiempo del parto resultó que tenía dos mellizos en el vientre. Y ocurrió que, durante el parto, uno de ellos sacó la mano, y la partera le agarró y le ató un cordón de hilo escarlata a la mano, diciendo: “Éste ha salido primero”» (*Gén.* 38, 27-28).

El niño por el que debe perpetuarse, según se cree, «la simiente» del Patriarca, estará, desde su nacimiento, marcado por el signo de la gracia, de la salvación. Pero es entonces que este candidato a la vida se aleja de la luz: retira su mano, se niega al día (será éste el destino mismo de Israel, del «falso primogénito»); su

hermano, el segundón en realidad, concebido después como la Gentilidad, lo desaloja y sale con violencia, «arrebata el Reino», sustituye al otro («los primeros serán los últimos»), reitera la aventura de Jacob, inflige un brutal desmentido al «derecho» humano, al curso «natural», tan bien cumple con su nombre *Peres*, es decir «ruptura». Y cuando el primogénito, que acaba de renunciar a su derecho de primogenitura -adviértase la continuación de la historia de Jacob-, el heredero según la carne que ha cedido su lugar al heredero según la Promesa, es eyectado a su pesar, lleva todavía en la muñeca el famoso cordón y se le da el nombre de *Zéraj*, «el brillante», equivalente de *schâni*. Como Ismael, el primogénito desposeído por Abraham -él también heredero según la carne, mientras Isaac lo es según el espíritu- *Zéraj* halla gracia ante Dios.

A lo largo de toda esta línea que encuentra su coronamiento en Cristo, los primogénitos según el entender de los hombres deben ceder el paso a sus segundones. Pues «mis pensamientos no son vuestros pensamientos y mis caminos no son vuestros caminos» (*Is.* 55, 8). Son los sacrificados, los chivos emisarios, los expiadores. En Jesucristo, triturador y triturado, destructor de Sí mismo, exterminador del pecado que asume, el Segundón y el Primogénito se confunden, la Carne y la Promesa se dan el beso de la paz. En Él, por consecuencia, no hay Judío ni Gentil (*Gál.* 3, 28), en tal grado es a la vez el uno y el otro.

Peres se identifica en el Cristo con *Zéraj*, el Griego con el Judío, el Segundón preferido y dócil con el Primogénito orgulloso y despreciado: el cordón purpúreo reconcilia, «unifica» y «aproxima» el uno al otro (*Ef.* 2, 11.13). Así como *Zéraj*, sin saberlo, recibe, en las tinieblas del útero materno, la marca de la salvación, así Rahab suspende en los muros de su casa, en la oscuridad de la fe, este signo de la redención cuyo alcance mesiánico sigue siendo para ella absolutamente desconocido. Si Peres, el heredero según la Promesa, se identifica en el Cristo con *Zéraj*, el Primogénito según la carne; Rahab, cuando sobreviene la plenitud de

EL CORDÓN PURPÚREO

los tiempos, alcanza una expansión paradójica -y digna por tanto de Yahvé-, una expresión suprema: María.

(Rahab es figura de María porque 1º, ambas son mujeres «de nada»: a la mirada profana ellas se muestran como personas sin importancia; 2º, tienen mala fama; 3º, ven dibujarse el sentido de la historia (en el caso de la Virgen, no sólo el sentido del Éxodo, sino de toda la historia de la salvación) porque descubren en los acontecimientos su Animador secreto; 4º, responden con fe de «esclava del Señor»; 5º, olvidadas de sí mismas, su fe se expande en caridad: Rahab pide la salvación de su padre, madre y todos los de su casa; María se entrega para la salvación de todos).

Y por fin, la Palabra «eterna y viviente» de Dios -como dice el Apóstol Pedro (*I Pe.* 1, 23)-, nacida de Rahab según la carne, asume a la Cortesana y a «toda la casa de su padre», ofreciendo un abrigo a todos los rescatados, una vez que, desde su «ventana» (la herida del costado de Cristo) abierta, en la tarde del Viernes Santo, el hilo purpúreo (la sangre y el agua) irradia como un signo de victoria, en medio de la carnicería, paz y salvación.



Hasta aquí, la profunda exégesis de Frank-Duquesne. Sin embargo, la meditación cristiana ha descubierto un sentido mariológico del cordón purpúreo: según el Abad Ruperto, el sentido típico de la cuerda atada en la ventana de Rahab es la Santísima Virgen². Además, los iconos de la Anunciación suelen representar a Nuestra Señora con el hilo purpúreo en una mano y el ovillo en la otra o a sus pies. Éste es un dato importante porque, en la Iglesia ortodoxa, la piedad mariana tradicional se ha valido del arte para expresar bajo formas simbólicas, que la meditación des-

² CLXVIII, 887.

cubre gradualmente, el significado teológico³. De modo que, al igual que la Liturgia, sus poemas e iconos tienen un valor antes doctrinal que estético.

Por ejemplo, en la Anunciación de Ustiug (siglo XII, escuela de Novgorod), mientras María escucha al Ángel, «continúa hilando la púrpura para el velo del Templo»⁴. Esta simbología también aparece en la primera basílica romana dedicada a Nuestra Señora, Santa María la Mayor, en cuyo arco de triunfo «la Virgen [aparece] vestida como una matrona romana, sentada en un trono e hilando. [...] A los pies de María se encuentra un cesto con lana purpúrea, con la cual, según los apócrifos, tejió la cortina del Templo»⁵.

El hilo o cuerda simboliza la generación; su fundamento radica en el cordón umbilical, por el que la madre transmite la vida al hijo que lleva en su seno⁶. Por tanto, el cordón de los iconos de la Anunciación expresa en primer lugar la Maternidad Divina. Y, en efecto, la *Carta a los Hebreos* enseña que el velo representa la carne de Cristo:

«Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, *a través del velo, es decir, de su propia carne*, y con un Sumo Sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavados los cuerpos con agua pura» (10; 19-22).

³ BEHR-SIGEL ÉLISABETH, *Marie, Mère de Dieu* (I), Irénikon 58 (1985), p 453.

⁴ *Dios Muestra su Rostro de Madre I*, El Icono de la Anunciación, Colección Iconos, Fraternidad Monástica de la Paz, Alicante 1997, p 22.

⁵ *Ibid.*, p 17.

⁶ *El Misterio de Cristo I*, Fraternidad Monástica de la Paz, Alicante, p 89.

EL CORDÓN PURPÚREO

Pero, además, el cordón señala a María como «refugio de los pecadores»: la que envuelve en su corazón a la humanidad caída para que, en él, Jesús haga su obra redentora. Peres y Zéraj son encerrados por el mismo seno, y allí el hilo purpúreo marca al que retrocede ante el llamado de Dios como prenda de que será rescatado por el Expiador.

Pensamos que la razón última por la cual las cuatro mujeres que aparecen en la genealogía de Jesús son al mismo tiempo paradigmas de fe e impuras, es porque anticipan el misterio de María Inmaculada, *en quien el Señor encuentra a la humanidad apóstata, asume nuestras culpas y las tritura con su sacrificio para que cuantos responden al llamamiento de Dios con fe viva sean miembros de la Iglesia, esto es, hijos de María:*

«Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (*Jn. 19, 26-27*).

En apoyo de esta afirmación expondremos sumariamente el sentido espiritual de algunos pasajes bíblicos.



En primer lugar consideremos el que se refiere a la primogenitura de Jacob.

Dios otorga una fecundidad milagrosa a Rebeca, esposa de Isaac (*Gén. 25, 21*), quien concibe mellizos:

«Pero como los hijos chocasen entre sí en su seno, dijo ella: “Si es así, ¿por qué vivir yo?”; y se fue a consultar al Señor. Y el Señor le dijo:

“Dos naciones hay en tu vientre
y dos pueblos partirán de tus entrañas;

DIÁLOGO 67

un pueblo prevalecerá sobre el otro,
y el mayor servirá al menor”» (vv 22-23).

En *Malaquías* 1, 2-3 y *Romanos* 9, 13 leemos que el Señor amó a Jacob y odió a Esaú. Sin embargo, «el verbo *odiar* no debe entenderse en un sentido extremo (como interpretan los calvinistas, quienes sostienen que Dios crea a la mayor parte de los hombres para que se pierdan), sino en el sentido de que Yahvé antepuso aquél (Jacob) a éste (Esaú)»⁷. «Dios amó a Jacob» significa, pues, que lo ha elegido convertido en expiador, como veremos en la conclusión de la historia.

Salió primero Esaú, llamado «Edom», el rojo, por el color de su vello (25, 25). Su color alude al del primer Adán, cuyo nombre significa «rojizo», plasmado de la tierra arcillosa (2, 7). También es rojo el guiso por el que Esaú vende la primogenitura (25, 29-33).

El menor sale del vientre materno agarrando el talón del mayor (v 26). Por ello es llamado «Jacob»: el que suplanta con engaño; y el ardid se refiere, en lo inmediato, al engaño del que se vale Jacob para obtener la bendición que corresponde a su hermano; pero en el plano profético, esta sustitución anuncia la trampa en la que cae el Diablo cuando impulsa la crucifixión de Quien toma nuestro lugar en el Calvario.

La sustitución de Esaú por Jacob tiene lugar cuando Isaac, cuyos ojos están debilitados por la vejez, resuelve bendecir al hijo mayor:

«Aconteció que siendo ya viejo Isaac, y sus ojos demasiado débiles para ver, llamó a Esaú, su hijo mayor, y le dijo: “Hijo mío”. Y él le respondió: “Heme aquí”. Y dijo Isaac: “Mira, yo soy viejo y no sé el día de mi muerte.

⁷ Nota a Mal 1, 3, *La Sagrada Escritura-Antiguo Testamento VI*, BAC, Madrid 1971, p 561.

EL CORDÓN PURPÚREO

Ahora pues, te ruego, toma tu equipo, tu aljaba y tu arco, sal al campo y tráeme caza; y prepárame un buen guisado como a mí me gusta, y tráemelo para que yo coma, y que mi alma te bendiga antes que yo muera”» (Gén. 27, 1-4).

Mas Rebeca concibe un plan para que Jacob reciba el favor divino:

«Rebeca estaba escuchando cuando Isaac hablaba a su hijo Esaú. Y cuando Esaú fue al campo a cazar una pieza para traer a casa, Rebeca habló a su hijo Jacob, diciendo: “He aquí, oí a tu padre que hablaba con tu hermano Esaú, diciéndole: ‘Tráeme caza y prepárame un buen guisado para que coma y te bendiga en presencia del Señor antes de mi muerte’. Ahora pues, hijo mío, obedéceme en lo que te mando. Ve ahora al rebaño y tráeme de allí dos de los mejores cabritos de las cabras, y yo prepararé con ellos un buen guisado para tu padre como a él le gusta. Entonces se lo llevarás a tu padre, que comerá, para que te bendiga antes de su muerte”. Y Jacob dijo a su madre Rebeca: “He aquí, Esaú mi hermano es hombre velludo y yo soy lampiño. Quizá mi padre me palpe, y entonces seré para él un engañador y traeré sobre mí una maldición y no una bendición”» (vv 5-12).

Entonces, la Matriarca le da una respuesta preñada de sentido:

«*¡Sobre mí tu maldición, hijo mío!* Tú, obedéceme, basta con eso, ve y me los traes”. Él fue a buscarlos y los llevó a su madre, y ella hizo un guiso suculento, como le gustaba a su padre. Después tomó Rebeca ropas de Esaú, su hijo mayor, las más preciosas que tenía en casa, y vistió a Jacob, su hijo pequeño. Luego, con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y la parte lampiña del cuello, y puso el guiso y el pan que había hecho en las manos de su hijo Jacob» (vv 13-17).

Isaac compara el aroma de los vestidos de Jacob con la fragancia de un campo que ha bendecido el Señor (v 27). San Proclo de Constantinopla afirma que el sentido espiritual de estas palabras se aplica a la Santísima Virgen⁸. El Patriarca ruega que Dios dé a Jacob el rocío del cielo, símbolo de la Encarnación; abundancia de trigo y de mosto -las ofrendas de Melkisedek- y el señorío sobre sus hermanos, figura de la Reyecía Universal del Señor (vv 28-29).

Jacob revestido con la piel del cabrito anticipa a Cristo cubierto con nuestros pecados. El intercambio de roles y la bendición obtenida por el sustituto del «velludo» Esaú son posibles gracias a la fe inmensa de Rebeca, figura de la Virgen, quien acepta, en la Anunciación y en el Gólgota, compartir la maldición del Expiador (*Gál.* 3, 13). De este modo el fin se une con el principio, pues las dos naciones que entrechocan en el seno de Rebeca significan la reunión del Justo y el Pecador *en el seno de María*, y las palabras de Rebeca: «Siendo así, ¿para qué vivir?», anticipan el dolor de la Corredentora.



Ahora atendamos a las peripecias del Arca de la Alianza desde que Josué ordena el ingreso a la Tierra Prometida hasta la restitución del Cofre Sagrado a los israelitas por los filisteos.

Aunque el Jordán es una barrera humanamente insuperable, los hebreos inician el cruce del río y una vez más el Señor muestra su poder:

«Aconteció que cuando el pueblo salió de sus tiendas para pasar el Jordán con los sacerdotes llevando el Arca del pacto delante del pueblo, y cuando los que llevaban el Arca entraron en el Jordán y los pies de los sacerdotes

⁸ *Oratio VI*, 17; PG 65, 756.

EL CORDÓN PURPÚREO

que llevaban el Arca se mojaron en la orilla del agua (porque el Jordán se desborda por todas sus riberas todos los días de la cosecha), las aguas que venían de arriba se detuvieron y se elevaron en un montón, a una gran distancia en Adam, la ciudad que está al lado de Saretán; y las que descendían hacia el mar de Arabá, el mar de la Sal (el Mar Muerto), fueron cortadas completamente. Y el pueblo pasó frente a Jericó. Y los sacerdotes que llevaban el Arca del pacto del Señor estuvieron en tierra seca en medio del Jordán mientras que todo Israel cruzaba sobre tierra seca, hasta que todo el pueblo acabó de pasar el Jordán» (*Jos. 3, 14-17*).

El Arca es el objeto sacratísimo de Israel, pues manifiesta la presencia de Dios en medio de su pueblo. En su interior los israelitas guardan las Tablas de la Ley (*Éx. 25, 16*), la vara de Aarón (*Núm. 17, 16-26*) y el vaso con el maná (*Éx. 16, 32-34*). Sobre ella descansa la gloria de Dios, Quien comunica su voluntad desde encima del propiciatorio (*25, 22*): una plancha de oro que cubre el Arca y es empleada en ceremonias de la expiación. Sobre las extremidades del propiciatorio, dos querubines con sus alas extendidas, adumbran el Arca (*25, 18-20*).

Las Tablas de la Ley son un tipo de la futura Encarnación; también el maná representa a Cristo, y «en la vara de Aarón, primeramente seca y luego floreciente, ven los Santos Padres una figura de Cristo, primero humillado y muerto y después resucitado, y además descubren en ella una imagen de la Cruz, leño seco que luego produjo fruto de gracia»⁹. Los querubines custodian el Paraíso (*Gén. 3, 24*), símbolo de la Virgen, y adumbran el Arca, así como el Espíritu Santo cubre con su sombra a María en la Encarnación.

⁹ MONS. STRAUBINGER, nota a Núm 17: 10.

María es, pues, el «Arca recubierta con oro purísimo: por dentro con el Verbo, y por fuera con el Espíritu Santo»¹⁰. «¿A quién, si no a María, llamaremos Arca Santa? Si aquella llevaba las tablas de la Alianza; María llevaba al Heredero de la Alianza; aquella encerraba dentro de sí la Ley, María, al Evangelio; aquella tenía la voz de Dios; ésta, el Verbo verdadero; el Arca resplandecía por dentro y por fuera con el brillo del oro, pero María refulgía por dentro y por fuera con luz de la virginidad»¹¹.

El cruce milagroso del Jordán significa, pues, que Cristo «rodeado», envuelto por la fe de la Virgen se planta en medio de la vida que corre hacia la muerte y la convierte en Pascua (paso) a la otra orilla, la Tierra de Promisión.

Las dificultades, sin embargo, no cesan pues los judíos vuelven a toparse con un obstáculo en apariencia insalvable: «Jericó estaba muy bien cerrada a causa de los hijos de Israel; nadie salía ni entraba» (*Jos.* 6, 1). Para expugnar la ciudad el Señor ordena una procesión litúrgica en torno de ella:

«Marcharéis alrededor de la ciudad todos los hombres de guerra rodeando la ciudad una vez. Así lo harás por seis días. Y siete sacerdotes llevarán siete trompetas de cuerno de carnero delante del Arca; y al séptimo día marcharéis alrededor de la ciudad siete veces, y los sacerdotes tocarán las trompetas. Y sucederá que cuando toquen un sonido prolongado con el cuerno de carnero, y cuando oigáis el sonido de la trompeta, todo el pueblo gritará a gran voz, y la muralla de la ciudad se vendrá abajo; entonces el pueblo subirá, cada hombre derecho hacia adelante» (vv, 3-5).

¹⁰ SAN HIPÓLITO, *Fragmentum in Daniele*, VI, PG 10, 648, EM 71, 105.

¹¹ SAN MÁXIMO DE TURÍN, *Sermo CIV*, PL 57, 739-740, EM 555, 847.

EL CORDÓN PURPÚREO

Tenemos aquí una oposición de claustros: Jericó, símbolo del mundo cerrado a Dios; y el Arca, figura de María. Así como ella contiene al Salvador, así también rodea a la humanidad pecadora («dos naciones habitan en tu seno») para que Cristo la redima. «Por la fe se derrumbaron los muros de Jericó, después de ser rodeados durante siete días» (*Hebr.* 11, 30). Pero la plenitud de la fe se encuentra en la que es bienaventurada porque ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor (*Lc.* 1, 45).

En tiempos de Samuel, los israelitas llevan el Arca al campo de combate para que la fuerza del Señor les obtenga la victoria sobre los filisteos; sin embargo, el pueblo de Dios es derrotado y el Arca cae en manos de sus enemigos:

«Los filisteos, por su parte, tomaron el Arca de Dios y la llevaron de Eben Haézer a Asdod. Tomaron los filisteos el Arca de Dios, la introdujeron en el templo de Dagón y la colocaron al lado de Dagón. A la mañana siguiente vinieron los asdodeos al templo de Dagón y he aquí que Dagón estaba caído de bruces en tierra, delante del Arca de Yahvé. Levantaron a Dagón y le volvieron a su sitio. Pero a la mañana siguiente temprano, Dagón estaba caído de bruces en tierra, delante del Arca de Yahvé y la cabeza de Dagón y sus dos manos estaban rotas en el umbral; sólo quedaba el tronco de Dagón. Por eso los sacerdotes de Dagón y todos los que entran en el templo de Dagón no pisan el umbral de Dagón en Asdod hasta el día de hoy. La mano de Yahvé cayó pesadamente sobre los asdodeos hiriéndolos con tumores, a Asdod y su comarca. Cuando los vecinos de Asdod vieron lo que sucedía, dijeron: “Que no se quede entre nosotros el Arca del Dios de Israel, porque su mano se ha endurecido contra nosotros y contra nuestro dios Dagón”. Hicieron, pues, convocar junto a ellos a todos los tiranos de los filisteos y dijeron: “¿Qué debemos hacer con el Arca del Dios de Israel?” Decidieron: “El Arca del

Dios de Israel se trasladará a Gat”. Y trasladaron allí el Arca del Dios de Israel. Pero así que la trasladaron, la mano de Yahvé cayó sobre la ciudad provocando gran terror; los varones de la ciudad, desde el más pequeño hasta el mayor, fueron castigados, saliéndoles tumores. Enviaron entonces el Arca de Dios a Ecrón, exclamaron los ecronitas: “Han encaminado hacia mí el Arca del Dios de Israel para hacerme perecer con mi pueblo”. Hicieron convocar a todos los tiranos de los filisteos y dijeron: “Devolved el Arca del Dios de Israel; que vuelva a su sitio y no me haga morir a mí y a mi pueblo”. Pues había un terror mortal en toda la ciudad, porque descargó allí duramente la mano de Dios. Los que no murieron fueron atacados de tumores y los alaridos de angustia de la ciudad subieron hasta el cielo» (*I Sam.* 5, 1-12).

El sentido mesiánico de estos sucesos coincide con el de los anteriores: que el Arca (María) caiga en manos de los pecadores significa que ella comparte el anonadamiento de Cristo: en María el Señor asume el estado de pecado (sin pecado personal de clase alguna), se hace «maldición», destruye nuestras culpas (como el Arca sembró la destrucción en las ciudades filisteas), y de ese modo nos salva.



En la plenitud de los tiempos (*Gál.* 4, 4) el Verbo se hace carne (*Jn.* 1, 14) y tan pronto como recibe la naturaleza humana, se ofrece al Padre como víctima:

«Cristo, al entrar en el mundo, dijo: “Tú no has querido sacrificio ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo. No has mirado con agrado los holocaustos ni los sacrificios expiatorios. Entonces dije: Aquí estoy, yo

EL CORDÓN PURPÚREO

vengo -como está escrito de mí en el libro de la Ley- para hacer, Dios, tu voluntad”» (*Heb.* 10, 5-7).

El Señor se entrega por nosotros en la Virgen, y por ello el «hágase» de Nazareth (*Lc.* 1, 38) se compenetra con el de Cristo en el Huerto de los Olivos:

«Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: “Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad”» (*Mt.* 26, 42).

«En el sacrificio de Cristo alcanza su plenitud salvífica el consentimiento de María dado inicialmente en la Encarnación. Cristo mismo lo asume y lo fusiona en su propio sacrificio del que es ya inseparable y con el que constituye un único principio de salvación para los hombres de todos los tiempos»¹².

El papel de la Virgen en nuestro rescate se hace manifiesto en la Visitación. «Se levantó María y vino a Isabel, la madre del Señor [vino] a la madre del siervo»¹³. Ella acepta el yugo de Cristo para que nosotros obtengamos la libertad: la Santísima Virgen se dirige al encuentro de Santa Isabel llevando el rescate de la maldición¹⁴.

«El objeto de su visita fue, según los Padres y la Tradición de la Iglesia, la santificación del futuro Precursor. Es la primera vez que el Verbo Encarnado expulsa el pecado con su presencia; es cronológicamente la prime-

¹² BANDERA ARMANDO, O.P., «La Virgen María y la Eucaristía», en *Mikael* 23, p 29.

¹³ ANTIPATRO DE BOSTRA, *In Annuntiationem S. Mariae Deiparae*, PG 85, 1784.

¹⁴ ORÍGENES, *Fragmentum*, PG 13, 1901.

ra vez también que la Madre de Dios ejerce su función corredentora y de madre espiritual de los hombres»¹⁵.

María va al rescate de Eva, más aún: ella misma «es portadora de la persona de Eva»¹⁶. En la Visitación tenemos, frente a frente, dos mujeres que llevan fruto: cada uno de ellos es un don del Cielo; el paralelismo entre ambas es antitético: Isabel es vieja, estéril antes de la concepción, y su hijo está manchado por el pecado. Cuando la Virgen se dirige a su encuentro, la esposa de Zacarías se halla en su sexto mes. En la Sagrada Escritura el seis es el número del hombre, la criatura del sexto día; así, Isabel representa a la Humanidad caída: tal es el significado del tiempo de su embarazo, a semejanza de las seis hidrias de Caná (*Jn.* 2, 6) y los seis «maridos» de la Samaritana (4, 18), a quien Santa Teresa tiene por figura de la Esposa.

Nuestra Señora se hace una con la madre del Bautista. No ha andado descaminada la iconografía (por ejemplo, Fra Angélico) al representar el encuentro como una fusión de ambas.

La Virgen es el medio por el cual el pecado de Juan es tomado por el Señor, y la gracia de Cristo llega al Bautista: «Juan se estremece en el seno de su madre porque la voz del saludo de María llega a Isabel, quien entonces recibe el Espíritu Santo como de esta voz»¹⁷. Así como el Redentor entra al mundo cuando la Virgen pronuncia su «*hágase*», ahora, al saludar a Isabel, ésta queda llena del Espíritu Santo y Juan salta de gozo en el seno materno, pues, santificado, participa de la alegría mesiánica.

¹⁵ GARCÍA VIEYRA ALBERTO, O.P., *El Rosario y Sus Misterios*, Santa Fe 1977, p 37.

¹⁶ SEVERIANO, *De Mundi Creatione*, Oratio VI, 10, PG 56, 498.

¹⁷ ORÍGENES, *Commentaria in Evangelium Ioannis*, Tomus VI, SC, XLIX, 253, 12-15.

EL CORDÓN PURPÚREO

Para expresar el estremecimiento del Bautista, Lucas emplea el verbo «*skirtân*», el mismo término que designa el choque de Jacob y Esaú en el seno de Rebeca, y también el brinco de los montes que celebran la liberación de Egipto y el cruce del Jordán (*Sal.* 113, 4).



La Vida Pública del Señor se abre con el Bautismo, en el que hallamos notables correspondencias con su primer acto redentor como Hombre-Dios:

1º. El mayor va al menor: «Debemos observar que el superior viene al inferior para que el inferior sea ayudado: María [va] a Isabel; Cristo, a Juan»¹⁸.

2º. Reconocimiento y sorpresa: «¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?» (*Lc.* 1, 43). «Soy yo quien necesita ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?» (*Mt.* 3, 14). «Isabel dijo a la Virgen: [...] “Convenía que yo fuera a ti, pues tú eres bendita sobre todas las mujeres: tú eres la madre de mi Señor, tú eres mi Señora, que traes el fin de la maldición”. El hijo [de Isabel] dice cosas análogas: se declara indigno de presentarse ante Cristo, mientras Isabel decía ser indigna de la presencia de la Virgen»¹⁹.

3º. Isabel profetiza la grandeza de María, así como Juan la de Cristo: «Cuando María concibió y vino a Isabel y esta escuchó el saludo de María, exultó de gozo el niño en el seno de Isabel, quien profetizó, llena del Espíritu Santo, [...] y entonces por primera vez Jesús hizo profeta a su Precursor»²⁰.

¹⁸ SAN AMBROSIO, *Expositio Evangelii Secundum Lucam*, Lib. II, cap. I, 22, PL 15, (*1641).

¹⁹ ORÍGENES, *Fragmentum*, PG 13, 1901.

²⁰ ORÍGENES, *Homiliae in Lucam*, Hom. VI-VII, PG 13, 1814,1817.

4º. Al saludar Nuestra Señora a Santa Isabel, Juan salta de alegría en el seno (*Lc.* 1, 41). En el Jordán, el Bautista tiene otra experiencia gozosa del mundo sobrenatural: puede señalar, el único entre los Profetas, la presencia del Cordero de Dios, y ve al Espíritu bajar del Cielo como una paloma y posarse sobre Él (*Jn.* 1, 29.32).

El Bautismo del Señor cumple el sentido típico del milagroso cruce del Jordán, y la verdadera Arca de la Alianza es aludida por la apertura del Cielo y las palabras del Padre:

«Éste [el Verbo encarnado en María] es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias» (*Mt.* 3, 17).



Pasemos ahora al fin de la Vida Pública de Jesús para detenernos en el sentido espiritual de la coronación de espinas. Las espinas representan la maldición que se introduce en el mundo después de la Caída. Cuando nuestros Primeros Padres ceden a la seducción de la Serpiente, su falta «pasa» al mundo físico, y la tierra produce espinas y abrojos (*Gén.* 3, 18). Ella es una imagen del corazón indispuerto para recibir la Palabra de Dios:

«Pues así dice Yahvé
a los hombres de Judá y de Jerusalén:
“Preparaos un campo virgen
y no sembréis entre zarzas.
Circuncidaos para Yahvé
y quitad los prepucios de vuestros corazones,
varones de Judá y moradores de Jerusalén,
no sea que estalle, cual fuego, mi ira
y arda sin que haya quien la apague,
por la maldad de vuestras obras”» (*Jer.* 4, 3-4).

La corona que los soldados hincan en la cabeza del Señor (*Mt.* 27, 29) lo muestran como el Cordero de Dios que toma sobre Sí

EL CORDÓN PURPÚREO

y quita los pecados del mundo, pero nos parece que, además, ese casco lacerante indica la corredención mariana, pues la exégesis de escritores tradicionales sugiere que la parte de la Virgen en la obra de nuestra salvación es figurada por las espinas.

En primer lugar tenemos el sacrificio de Isaac, tipo clarísimo de la Pasión:

«Llegados al lugar que Dios le había indicado, erigió Abraham allí el altar y dispuso la leña, después ató a Isaac su hijo, y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Y alargando su mano tomó Abraham el cuchillo para degollar a su hijo, cuando he aquí que el ángel de Yahvé le llamó desde el cielo, diciendo: “¡Abraham, Abraham!” Él respondió: “Heme aquí.” Dijo entonces [el ángel]: “No extiendas tu mano contra el niño, ni le hagas nada; pues ahora conozco que eres temeroso de Dios, ya que no has rehusado darme a tu hijo, tu único.” Y alzó Abraham los ojos y miró, y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo» (*Gén. 22, 9-13*).

«La iconografía cristiana nos muestra a veces la oveja enzarzada en una dolorosa red de ramas espinosas: es la imagen del alma pecadora»²¹, y más aún del Expiador que se hizo uno con los pecadores.

Los escritores eclesiásticos han descubierto a la Virgen en la zarza que retenía a la víctima: «Ni antes ni después un árbol produjo otro cordero en la tierra, ni otra virgen engendró sin [el concurso de] varón. María y el árbol son una sola cosa. El Cordero pendía de las ramas [espinosas], y Nuestro Señor [colgó de la Cruz] en el Gólgota. El Cordero salvó a Isaac, y el Señor a las

²¹ CHARBONNEAU-LASSAY, L., *El Bestiario de Cristo*, p 178.

criaturas»²². «Era figura tuya el árbol que dio el carnero con el cual fue liberado Isaac»²³.

El segundo hecho en que nos detendremos es la teofanía de Yahvé a Moisés en el Sináí:

«Moisés apacentaba el rebaño de Jetró [Reuel] su suegro, sacerdote de Madián; y condujo el rebaño hacia el lado occidental del desierto, y llegó a Horeb, el monte de Dios. Y se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego, en medio de una zarza; y Moisés miró, y he aquí, la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces dijo Moisés: “Me acercaré ahora para ver esta maravilla: por qué la zarza no se quema”. Cuando el Señor vio que él se acercaba para mirar, Dios lo llamó de en medio de la zarza, y dijo: “¡Moisés, Moisés!” Y él respondió: “Heme aquí”. Entonces Él dijo: “No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa”. Y añadió: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tenía temor de mirar a Dios» (Éx. 3, 1-6).

Santa Teresa estima que «Moisés debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel»²⁴.

El fuego revela la presencia de Dios vivo (*Dt.* 4, 12; *Ct.* 8, 6). Las llamas que arden en la zarza sin destruirla representan a Dios hecho hombre y «pecado» para extirpar la maldición con su sacrificio. La aparición de Dios que ha escuchado el clamor de su

²² SAN EFRÉN, *Hymni de Beata Maria*, V, 7, La II 538.

²³ *Ibid.*, IX, 3, La II 550, EM 252, 376.

²⁴ *Las Moradas*, VI, c. IV, n° 7.

EL CORDÓN PURPÚREO

pueblo señala, pues, la Encarnación, y por tanto, a Nuestra Señora:

«En otro tiempo Dios manifestó por anticipado a Moisés la integridad de la Virgen bajo la figura de la zarza en el Horeb. Ella no sufrió menoscabo cuando el Verbo descendió a su seno, ni tampoco cuando, después de nueve meses, lo dio a luz»²⁵. «El Santo inmortal, Espíritu Santísimo, te conservó con el rocío de su divinidad, para que no fueses consumida por el fuego divino. Pues también aquella zarza de Moisés insinuaba esto»²⁶. «Es Cristo quien habla a Moisés en la zarza ardiendo: en la pintura de Nicolás Froment, Catedral de Aix en Provence, Moisés ve proféticamente al Mesías, el Niño Jesús, en las rodillas de su Madre en la zarza ardiendo. También San Bernardo pensó que el signo realizado por Dios en el Horeb se refiere a María»²⁷. Y la Liturgia declara: «En la zarza que Moisés vio que no se quemaba reconocemos la virginidad que has conservado, digna de todo elogio»²⁸.

Además de representar la virginidad de Nuestra Señora, la zarza del Horeb indica que Cristo toma en María el pecado del mundo. Esto nos conduce a un tercer pasaje bíblico en el que la Madre de Dios es mencionada en relación con las espinas:

«Como un lirio entre los espinos,
así es mi amada entre las doncellas» (*Ct.* 2, 2).

Nuestra Señora es como el «lirio entre las espinas» -así la llaman San Pedro Damiano²⁹ y Alain de Lille³⁰ - por el dolor que ella

²⁵ SAN EFRÉN, *Sermones de Diversis*, Sermo III, OS III 605.

²⁶ SAN JUAN DAMASCENO, *Homilia In Nativitatem B. V. Mariae*, 10, PG 96, 677.

²⁷ DANIEL-ROPS, *Historia Sagrada*, Luis Caralt, Barcelona 1952, p 125.

²⁸ Tercera antífona de Vísperas de la Solemnidad de Santa María Madre de Dios.

²⁹ CXLIV, 754.

³⁰ CCX, 247.

soporta para mantenerse fiel a su voluntad corredentora. La Iglesia nos enseña a honrar a María con el rezo del Rosario, y el rosal (del que esta devoción toma su nombre) expresa el misterio de la Virgen como ayuda de Cristo y auxiliadora del hombre caído: las espinas que suben por el tallo hasta el nacimiento de la flor sugieren que Nuestra Señora padece en su corazón la punzante hincadura de nuestros pecados³¹.

El 10 de diciembre de 1925, en Pontevedra, apareció la Santísima Virgen a Sor Lucía; junto a Nuestra Señora, suspenso en una nube luminosa, se encontraba el Niño Jesús. La Santísima Virgen puso una mano sobre el hombro de Lucía y le mostró un Corazón que tenía en la otra mano, cercado de espinas. Al mismo tiempo le dijo el Niño:

«Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan, sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas».

Y en la visión de Tuy (13-VI-1929), la Virgen sostenía en su mano izquierda el Inmaculado Corazón con una corona de espinas y llamas, que expresan su participación misericordiosa en nuestro rescate. Las espinas que martirizan el Corazón de María son las mismas que se hincan en el Corazón de Jesús en la Medalla Milagrosa, porque ambos Corazones se compenetran, unidos en un mismo sacrificio.

«Con la corona de espinas [el Salvador] puso fin a los suplicios de Adán»³². Por esta razón la Providencia dispone que, cuando el Salvador se muestra coronado de espinas, Pilato y los judíos confiesen sin saberlo el Misterio de la Encarnación Redentora:

³¹ P. García Vieyra.

³² CIRILO DE ALEJANDRÍA, *De Incarnatione Domini*, XXVII, PG 75, 1466.

EL CORDÓN PURPÚREO

«Volvió a salir Pilato y les dijo: “Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro ningún delito en él.” Salió entonces Jesús fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Díceles Pilato: “¡He aquí al hombre!” Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” Les dice Pilato: “Tomadlo vosotros y crucificadle, porque yo ningún delito encuentro en él.” Los judíos le replicaron: “Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios”» (*Jn.* 19, 4-7).

Cristo es *el* hombre: no es uno más de nosotros, sino uno con nosotros³³; y esta identificación del Señor con nosotros es posible porque, cuando Nuestra Señora da una generación humana al Hijo de Dios, Jesús puede recapitular a Adán y su descendencia, aplastar en Sí mismo nuestras faltas y de ese modo salvarnos.



Concluido el sacrificio del Calvario, el cuerpo de la Víctima es puesto en el Santo Sepulcro (*Jn.* 19, 41-42), que los Sumos Sacerdotes y los fariseos hacen sellar (*Mt.* 27, 62-66).

San Máximo de Turín descubre en el Sepulcro un alcance más profundo que el meramente natural: es un emblema de Nuestra Señora. Esa tumba, en efecto, es virgen -nadie aún ha sido puesto en ella (*Jn.* 19, 41)-, oculta una presencia que luego se manifiesta como una Vida Nueva e Infinita y se halla bajo la custodia de un José, el de Arimatea (*Mt.* 27, 59-60)³⁴.

³³ Edith Stein.

³⁴ *Homilia LXXXIV*, PL 57, 442-443.

Además hay una clara similitud entre el esposo de María y José de Arimatea: el Patriarca contempla a Jesús en la vida oculta, mientras el sanedrita es discípulo oculto del Salvador (*Jn.* 19, 38); ambos son nobles (el Padre del Señor desciende del Rey David [*Mt.* 1, 6, 16]); el otro es «miembro insigne del tribunal supremo» [*Mc.* 15, 43]); y ambos son justos (*Mt.* 1, 19; *Lc.* 23, 50); José es rico (*Mt.* 27, 57) por la abundancia de bienes materiales; el esposo de la Virgen es el custodio de la Sabiduría, que no puede ser equiparada a la piedra más preciosa (*Sab.* 7, 9; *Job* 28, 15-19). Finalmente ellos poseen una nota común de coraje para vivir la fe: José recibe a María convertida en sede del Dios tremendo, no duda en abandonar todo y huir a Egipto para salvar al Niño, y permanece inquebrantable hasta el fin; el de Arimatea no asiente al consejo y proceder de los sanedritas (*Lc.* 23, 51) y tiene la valentía de entrar donde Pilato y pedirle el Cuerpo de Jesús (*Mc.* 15, 43), desafiando la previsible venganza de los judíos.

También San Jerónimo descubre en la tumba sellada un signo plástico de la Madre de Dios, sobre todo de su Corazón: «El sepulcro nuevo puede representar el seno virginal de María»³⁵. «Lo que es cerrado y sellado tiene similitud con la Madre del Señor, madre y virgen. Y por ello, ni antes ni después alguien fue puesto en el sepulcro nuevo del Salvador, que había sido excavado en la piedra durísima»³⁶. San Gregorio de Antioquía señala que «así como Cristo nació de un claustro virginal sellado, así también resurgió de un sepulcro sellado»³⁷.

Cristo se ofrece como víctima en la Encarnación; cuando concluye su carrera mortal, es recibido por un sepulcro que representa a la Virgen Deípara; y en él resurge como autor y centro de

³⁵ *Commentarius in Evangelium Matthaei*, Lib. IV, cap. XXVII (vers. 60), PL 26, 215 (223).

³⁶ *Adversus Iovinianum*, Lib. I, 31, PL 23, 254 (265).

³⁷ *Oratio in Mulieres Unguentiferas*, X, PG 88, 1860.

EL CORDÓN PURPÚREO

la nueva creación. El curso circular de la vida de Jesús indica que en todas sus obras es envuelto por la fe de María.



El Misterio de Nuestra Señora también es significado por el jardín o huerto y tal emblema se muestra en la Escritura desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*: Dios toma a Adán y lo pone en el Jardín del Edén para que lo cultive y lo guarde (*Gén.* 2, 15), mas el hombre peca en el Paraíso (3, 6); el Segundo Adán inicia su Pasión en el huerto de Getsemaní (*Mt.* 26, 36-46); es crucificado, sepultado y resucita en un jardín (*Jn.* 19, 41); asciende al cielo desde el Monte de los Olivos, donde se encuentra Getsemaní (*He.* 1, 9-12) y, cuando la Jerusalén gloriosa desciende del cielo, el río de agua de Vida, brillante como el cristal brota del trono de Dios y del Cordero, y a una y otra margen del río, crecen árboles de Vida (*Ap.* 22, 1-2; *cfr.* *Gén.* 2, 9; 3, 2). Reaparece transfigurado el Jardín del Edén. El fin coincide con el principio para darnos a entender que la Virgen es el ámbito de la presencia divina y el centro de la economía salvífica.

Todas estas imágenes apuntan a María como «Huerto en el cual descendió la lluvia de bendiciones enviada por el Padre»³⁸, «Paraíso del Rey Celestial»³⁹, «Paraíso espiritual del Segundo Adán»⁴⁰, «Jardín Cerrado» (*Ct.* 4, 12)⁴¹.



El simbolismo del cordón purpúreo, coherente con el sentido espiritual de los pasajes bíblicos que hemos examinado, muestra

³⁸ SAN EFRÉN, *Hymni de Beata Maria*, La II, 610, 16.

³⁹ RUPERTO ABAD, CLXVIII, 895.

⁴⁰ SAN PROCLO DE CONSTANTINOPLA, *Oratio I*, I, PG 65, 681.

⁴¹ Así interpretan ALANO DE LILA, CCX, 95; *ibid.*, 82; SAN BERNARDO, CLXXXIV, 876; GUERRICO ABAD, CLXXXV, 119 y muchos más.

la co-presencia de la Santísima Virgen en la obra que el Padre confía a Cristo desde la eternidad. Jesús es el único Redentor, «pues debajo del cielo no hay otro nombre dado a los hombres, por medio del cual podamos salvarnos» (*He.* 4,12). La obra del Señor es absolutamente suficiente, pero ella debe ser aceptada en la fe, y esto es lo que pone María, quien cree por sí misma y por todos los demás. Así, cada uno está en el otro: Cristo en María, y Nuestra Señora en su Hijo. Por ello, para tener parte en la vida que Jesús trae en abundancia (*Jn.* 10, 10), es necesario que nos insertemos en el Corazón de la Virgen: hay un perfecto paralelismo entre «plena de gracia» y «de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia» (*Jn.* 1, 16)⁴².

Lejos de nosotros, pues, poner a María en lugar de Dios, pero la Revelación misma la señala como el lugar de Dios: «*Dominus tecum, Deus ex te, Deus in te*»: el Señor es contigo, Dios nace de ti, Dios está en ti. Dios está en ella porque María se ha vaciado de sí misma, y por ello la Virgen es la Nueva Eva, «ayuda» del Nuevo Adán para comunicar la vida, dominar la tierra y establecer el Reino de Dios.

⁴² SCHNEIDER JOHANNES, *Virgo Ecclesia Facta*, Academy of the Immaculate, New Bedford (MA) 2004, p 78.